

Eugenio Orrego

Don Luis Orrego Luco

(continuación)

VIII

«CASA GRANDE»

Orrego Luco había llegado a la plenitud de su labor intelectual, cuyo mayor fruto es *Casa Grande*, consagrada por la opinión contemporánea como la mejor novela chilena de todos los tiempos.

Recién salió a luz, impresa por «Zig-Zag», en dos volúmenes elegantes y sobrios, se produjo en toda la nación el mayor suceso literario de que haya memoria. Cerca de treinta mil ejemplares se vendieron en breve espacio y se suscitó una serie de polémicas tumultuosas, publicándose artículos mordaces, ataques violentos, elogios y aplausos de que ni antes ni después ha habido ejemplo. Se acusaba al autor de haber escrito una novela de clave, con propósito de escándalo, y se daban *soto voce* nombres de personalidades conocidas del gran mundo, muchas de las cuales tuvieron el poco tino de rasgarse las vestiduras. Decíase que algunas damas emparentadas con la compañera del autor pudieron servir de modelos y de que cierto sombrío drama ocurri-

do en el Teatro Municipal de Santiago en una noche de ópera constituía el episodio principal. La verdad, sólo aceptada con la calma del tiempo, era diversa. El novelista estudió a sus personajes en la vida real, los analizó en carne viva, pero ninguno era copia fiel de persona existente; como ocurre a los grandes escritores, se había empapado en lo humano ambiente, tomando algo de todo, cogiendo en el panorama humano, siempre en movimiento, eterno siempre en la fabricación de tipos y caracteres, de pasiones y sentimientos, lo que le indicaba su sensibilidad: el artista tiene antenas que le permiten captar el secreto de las almas. De lo vivo hizo sustancia novelesca y con ella construyó una fábula que, dentro de su escuela, no será probablemente superada.

La conmoción que *Casa Grande* causara es la mejor prueba de su eficacia artística y sociológica. Así lo prueban aquellos centenares de artículos, que cubrirían, reunidos, espacio de varios volúmenes: «la discusión que ha provocado demuestra con una claridad ya irresistible la existencia en Chile de un verdadero y real novelista chileno» escribía Omer Emeth.

El ilustre crítico hallaba un paralelo claro entre Orrego y Maupassant (*Estudio sobre algunos tipos y algunas ideas de la novela de L. Orrego Luco*): «En su libro sobre Taine M. André Chuevillon cita esta frase del gran filósofo y crítico francés: «Entre nuestros escritores sólo uno posee facultad creadora. En sus libros los caracteres brotan y se desarrollan por sí solos. Es Maupassant, cuyas dotes literarias son superiores a las de Flaubert».

«Leyendo *Casa Grande*, la última obra del novelista chileno L. Orrego Luco, y comparándola mentalmente con otras de igual «nacionalidad», volviómeme a la memoria la frase de Taine, y más de una vez, en presencia de los caracteres que brotaban en *Casa Grande* y se desarrollaban por sí solos (o con un mínimum de esfuerzo), dije: «Es Maupassant...».

«Quien haya leído *Fort comme la Mort* o recuerde esos dos t

inefables que «viven» en los Cuentos del maestro, no podrá negar al «creador» del «Senador» Peñalver, del corredor y agente de negocios Vanard, del reverendo «Señor Correa», cierto parentesco (que mucho le honra y mucho más promete) con Maupassant.

«Alguien dirá tal vez que el «Senador» existe y «vive siempre sobre el país»; que Vanard vivía hace dos o tres años en esta ciudad, y que «el Señor Correa» es de lo más vivo y conocido de esta capital, «en que todos nos conocemos» ... Orrego Luco no es creador: es fotógrafo ...

«Sí; pero lo es como Maupassant que «creó» sus caracteres copiándolos del natural, de tal suerte que hoy, al pie de cada retrato y en el margen de cada cuento, se puede escribir con perfecta seguridad nombres propios, fechas exactas y todos los pormenores históricos y geográficos de la realidad allí pintada para siempre».

Y aun: el del «Senador» no es retrato vulgar, tomado, desarrollado y retocado según recetas al alcance de todos los aficionados; es una de esas pinturas que nos dan, de la vida, una visión más completa, conmovedora y probante que la realidad misma».

Para don Emilio Vaisse era en todo sentido una obra maestra. Y así agregaba, en otra crónica, que antes de muchos años «se verá cuán importante es *Casa Grande*».

Examinemos las opiniones de otros críticos:

Decía Eleodoro Astorquiza: «*Casa Grande* es una de las más grandes obras chilenas y debe figurar entre las primeras americanas».

Domingo Melfi, ensayista y juez de rara competencia, que en uno de sus libros principales consagró a nuestro autor extenso capítulo, escribe: «Nos hemos detenido en *Casa Grande* porque esta novela es la cumbre de la producción total del novelista ... La obra de Orrego Luco tiene un valor documental único. Si Blest Gana fué el costumbrista de la emancipación y de los períodos posteriores a Portales, Orrego Luco es psicólogo

de una etapa social llena de interés, «emocionante como pocas, y de un profundo acento humano... Desde *Un Idilio Nuevo*, intuición del desequilibrio social pasando por *La Tempestad* y *En Familia*, hasta recalar en *Casa Grande*, el novelista ha sido pintor de costumbres, psicólogo e historiador».

Don Miguel Luis Rocuant expresaba: «En su obra primera, *Pandereta*, hay páginas dignas de Gautier. Su estilo, donde juegan las más delicadas gradaciones del color, desde la púrpura encendida hasta la desmayada opalización, tiene en los párrafos dedicados a Fortuny, momentos admirables donde cada valor pictórico es evocado por su léxico en precisa resonancia verbal... *Casa Grande* es una novela vibrante, cálida, de armonioso desarrollo, cuyas líneas tienen la seductora ligereza de las obras de Maupassant... Los personajes principales, Gabriela y Heredia, están dibujados de mano maestra... Y si el ambiente humano aparece en todo el libro palpitante de vida, el ambiente que llamamos natural, el paisaje, se presente también vivido y real...» «Pienso que *Casa Grande* daría al autor el primer puesto entre nuestros novelistas si no se lo hubiera dado ya su libro anterior, *Idilio Nuevo*».

Don Rafael Luis Gumucio, figura descollante del periodismo chileno, dijo, con esa rara y característica sinceridad que siempre tuvo, tejida en valentías: «En *Casa Grande* se encuentra estudio psicológico, talento de observación, arte para describir. Pero se encuentra también algo más: un interés que apasiona, que cautiva la atención, que arrastra la voluntad y que no permite abandonar el libro. No tengo el honor de poderme llamar amigo del señor Orrego Luco. He escrito estas líneas simplemente por espontáneo deseo de hacer llegar un aplauso al autor de la más hermosa novela chilena que he leído».

Aquel magnífico escritor que fué don Manuel Rodríguez Mendoza, apuntaba en carta que constituye documento literario: «Intencionadamente he querido dejar pasar el oleaje algo tempestuoso de su última obra —su obra maestra, sin duda—el

libro afortunado que ha producido grandes entusiasmos en unos y sordos murmullos de protesta en los que han dado a los personajes de *Casa Grande* el nombre de pila de tales o cuales actores del llamado gran mundo santiaguino. Haciendo el balance de aplausos de las ediciones ya agotadas y haciendo, sobre todo, la crítica, imparcial de su espléndida novela, cabe decir que Ud. ha tenido «*un grand succès*»; y lo digo en francés porque si Ud. hubiera nacido en París, estaría hoy en la Academia de los Goncourt, al lado de Huysmans, de Mirbeau y de Paul Margueritte o en el salón de los cuarenta en compañía de Bourget, de Julian Viaud y de Anatole France... Esta carta está destinada a decirle, una y muchas veces, que su magnífica obra *Casa Grande*, le coloca a Ud. en el camino de una nombradía literaria cuyos ecos habrán de dilatarse más allá del mar y nuestras montañas... Ud. no será, probablemente, en el estrecho patrio, consejero de Estado, ni gerente de Banco, ni director de compañías ganaderas; pero Ud. ha subido, en cambio, con su último luminoso empuje de escritor, a la más alta cumbre entre los hombres de letras en Chile».

¿Qué cualidades se destacan en esa obra que el juicio de los maestros señalaba unánimamente como primera en las letras chilenas, según el sentir de muchos? Acaso vendría bien la frase que sus admiradores grabaron en la estatua de Queiroz: «Sobre la dura desnudez de la verdad el diáfano manto de la fantasía».

Comenzaba la novela con una descripción de la fiesta de Navidad en la Alameda de las Delicias, en los inicios del siglo XX, y ese comienzo constituía de por sí deliciosa página antológica.

Sus personajes principales están cortados en carne y espíritu. Angel Heredia, verbigracia, hombre en que se mezclan complejos característicos a todo fin de raza—la sensualidad, el misticismo, repuntes de crueldad morbosa con atisbos de artista, gracia de atleta y acabada distinción de gran señor—es uno de los tipos fundamentales de su novelística y puede contarse en-

tre los mejores aciertos psicológicos de las letras americanas. En el de Gabriela Sandoval, la heroína, cabe hallar suma y compendio de un tipo femenino característico en la sociedad chilena de la era post-portaliana. Es menos complejo, carece del interés hondo de Heredia, pero vale sobre todo por su pintura acabada. Esos otros caracteres del Senador Peñalver (que yo imité en mi comedia *Virgenes Modernas*), de Vanard el hombre de negocios con pie en el gran mundo, el del clérigo Correa, tan alabados por Omer Emeth, viven en sí y cobran en cierto momento hondísimo colorido.

En un marco, que animan descripciones de riquísimo sabor, se desenvuelven escenas que no sólo tienen valía en sí, como resurrección de una sociedad, de un medio y de una época ya extinguidos, sino enorme fuerza real: el drama corre por cauces labrados en lo eterno humano y todo concurre a un fruto que sus contemporáneos intuyeron y cuyo mérito será apreciado por generaciones distantes del autor y de las pasiones mesocráticas de su tiempo. Un día, como dijera Vaisse, «se verá cuán importante es Casa Grande».

IX

INTERNACIONALISTA Y SOCIÓLOGO

Dentro de las ciencias jurídicas, hemos dicho, el Derecho Internacional le atrajo especialmente. Internacionalista avezado, conocedor profundo de todas las materias que tuvieran atingencia con la política externa de las naciones latinas del Sur, particularmente con los problemas derivados del período colonial, prestó sólidos servicios, no sólo a su patria, sino a otras naciones americanas.

En 1902-3 fué profesor extraordinario de Derecho Internacional en la Universidad de Chile.

Por esos mismos años trabajó infatigablemente en la compulsión de los documentos secretos de la Cancillería Chilena, examinando exhaustivamente archivos y bibliotecas, a fin de preparar sus estudios acerca de *Los Problemas internacionales de Chile*, dados a luz, por disposición gubernativa, en cuatro volúmenes: *La Cuestión Argentina*, *La Cuestión Boliviana* y *La Cuestión Peruana*. En ellas reunió material para la eficaz defensa de los derechos de su país, proporcionando al mismo tiempo alegaciones de indisputable valor jurídico, que contribuyeron a salvaguardar el patrimonio para la Nación. Puede decirse que la Cancillería de Chile basó la defensa de los derechos patrios en los trabajos de don Luis Orrego Luco.

Escribió, además, un libro de interés notable: *El Arbitraje Obligatorio*.

Todas estas obras merecieron el elogio de autoridades de prestigio mundial en la materia y constituyen parte muy importante en su bagaje de servidor ilustre de Chile.

Las disciplinas sociológicas le atrajeron, también, y una parte de su biblioteca estaba destinada a obras de ese carácter. Muy joven aun compuso *El Gobierno Local*. No mucho más tarde dió a la estampa un estudio social, histórico y político sobre *Chile*, que considero como una de las contribuciones más serias al conocimiento de nuestro país.

X

EL CICLO DE LA REVOLUCIÓN

Los años de 1907 al 14 fueron de gran actividad intelectual. Dió sucesivamente a las prensas *Casa Grande* (1908), la introducción a los *Discursos Parlamentarios de don Isidoro Errázuriz*, seleccionados por él para la Biblioteca de Escritores de Chile fundada por el Ministerio de Instrucción Pública, la segunda

edición de *Un Idilio Nuevo* y el ciclo novelístico integrado por *En Familia* (1912) y *Al través de la Tempestad* (1914).

En Familia, novela de tono íntimo, en que estudia la vida aristocrática chilena en los años que precedieron a la revolución de 1891, se señala por la acusación de características pictóricas que pueden encontrarse en casi toda su obra de creación artística. Siente el paisaje y lo ve al modo de un pintor; lo capta y describe con paleta rica en matices; lo traza en pinceladas vigorosas, cuyo realismo, según la fórmula entrevista, se vela con tonos de poesía delicada. Estas calidades plásticas se acentuaron en *La Tempestad*, alcanzando relieve especial en *Playa Negra*, su última novela.

En el orden pictórico son notables las descripciones del Cerro Santa Lucía, de la cordillera de los Andes en paisajes de tarde, de Apoquindo y de Providencia antigua (*En Familia*).

El acierto psicológico en el estudio de los personajes se mantiene con vigor y la descripción de estados de alma, el examen de los pequeños conflictos íntimos que van tejiendo el destino de sus héroes, muestran una orquestación armoniosa. El clima de la época—el clima moral y material de una sociedad extinguida, que solo vivirán ya a través de la evocación de sus novelas—está captado con maestría incomparable. Sin embargo, la creación de personajes originales, tales como el Senador Peñalver, de *Casa Grande*, que sedujeran a don Emilio Vaisse, no se verá superada hasta *Playa Negra*, donde logrará, en doña Catita, el mayor acierto típico de la literatura chilena.

En Familia contiene dos capítulos magistrales: el V, en que se narra una velada de ópera en el viejo Teatro Municipal de Santiago, plena de verba y color, y el VII, donde se cuenta el drama de Juan Orbegoso, muchacho que ha desfalcado para mantener tono de vida superior a sus medios económicos. Las páginas agónicas en que se describen sus andanzas para cubrir la suma sustraída, culminadas en el grito de una madre en la alta noche, tienen sabor de realismo ruso.

Los tipos protagónicos, Javier Aldana y Elisa Orbegoso, fuerzan el interés del lector desde las primeras escenas. Javier, vividor de gran mundo, da margen a curioso y muy complejo estudio. Elisa, estilizada en líneas de pureza antigua, flor y fruto de quintaesencia aristocrática, forjada en selección de atavismos favorables, es más sencilla, pero tal vez más atrayente, que Gabriela Sandoval. Se ha dicho que estos tipos femeninos de Orrego Luco tienen acento virginal. Ese es su mérito: son el producto de un medio de condiciones sociales que determinan necesariamente cierta actitud frente a la vida y a la evolución social de su tiempo. Están vistas con objetividad, sin que la evidente simpatía con que el autor las enfoca sea parte a desfiguración psicológica. El lector capaz de meterse en el clima de la época no podrá menos de notar la fidelidad de tales retratos, a los que sirven de contrapunto algunos de los personajes secundarios.

Al través de la Tempestad, la más voluminosa de sus novelas, completa el ciclo, siendo mayor su calidad, no tanto en el acierto de los estudios psicológicos que se mantiene con la misma potencia magnífica, como en la amenidad del relato, en el vigor y complejidad de la construcción, en la variedad de los escenarios. El autor sale del medio aristocrático, sin abandonarlo en lo principal, para estudiar aspectos y personajes de la clase media, de lo que entonces se llamaba el *medio pelo*; sus descripciones de este orden tocan en el costumbrismo, dando lugar a manifestaciones del hondo sentido humorístico del novelista, que más tarde revivirá en escenas pueblerinas de *Playa Negra*.

Comienza *La Tempestad* con un cuadro de *meeting* político y sus capítulos posteriores contienen la historia íntima de la guerra civil entre balmacedistas y congresistas, el examen de sus cauces, el estudio de su desarrollo y del movimiento interior de causas, hombres y sucesos hecho de modo imparcial; la prodigiosa reconstrucción de un clima que la rapidez y aceleración de los acontecimientos va variando día a día, con sus correspondientes reflejos sobre las reacciones de los individuos. El drama íntimo

de la protagonista, que ha dejado de ser la niña virginal de *En Familia*, para convertirse en mujer sufriente y apasionada, se cruza con el hondo drama civil que conmueve a Chile. Lo particular cede a lo general y poco a poco la tragedia revolucionaria va reemplazando a lo episódico, hasta llegar a primer plano en la descripción de la batalla de Concón, que sirve de remate a la obra. Esta parte une a su importancia histórica la riqueza de un capítulo de memorias.

XI

EN LA ESCUELA DE BELLAS ARTES

En 1912, a propuesta de don Fernando Alvarez de Sotomayor, el gobierno del Presidente Barros Luco le designó Director de la Escuela de Bellas Artes. El ilustre pintor español había encontrado que era, entre los chilenos que conocía, el más indicado para sucederle en ese cargo y proseguir la obra de reforma artística que él iniciara. Durante tres años trabajó con firmeza, procurando renovar métodos y atrayendo al profesorado y a las salas de clase a los principales valores pictóricos; en particular a los jóvenes que constituían legítima esperanza. Fué un modelador un forjador de conciencia artística, con cultura vastísima en las materias de su preocupación. Artista él mismo, tenía la sensibilidad de los valores plásticos, en pintura, en escultura, en bellas artes. Entre sus colaboradores figuró en lugar honroso Franco Paoloantonio, uno de los mejores pintores contemporáneos que laboran en Chile (autor de un retrato suyo, acaso el mejor que se conserve, tela que por su calidad ha sido exhibida en diversas exposiciones).

Hemos dicho que amaba la pintura y era profundo conocedor en hombres y escuelas. En su propia casa había ido reuniendo telas de grandes maestros, entre las cuales podía contarse un Zurbarán (réplica a «La Perla»), un Rivera, un Murillo («Los

estigmas de San Francisco»), piezas auténticas todas, junto a las cuales figuraban Alvarez de Sotomayor y otros españoles, con representantes del arte italiano y del francés modernos.

Hacia 1915 su labor se vió interrumpida. Ante síntomas de indisciplina que asomaban entre algunos elementos y no contando con medios adecuados para completar sus reformas, decidió alejarse de la Escuela.

XII

EN LA POLÍTICA

DIPUTADO POR OSORNO—MINISTRO DE JUSTICIA E INSTRUCCIÓN
PÚBLICA EN EL GABINETE QUEZADA-ORREGO LUCO

La política le atrajo desde mozo, pero no había tenido tiempo aun de dedicarle la actividad necesaria. Un día, sin embargo, ingresó al Partido Radical, prestigiado entonces por hombres eminentes, en cuyo número descollaban don Enrique Mac Iver y don Armando Quezada Acharán, y poco más tarde, en las elecciones parlamentarias de marzo de 1918, era elegido Diputado por Osorno con gran mayoría de votos.

Ya en la Cámara, cuyo ex período ordinario se inició el 1.º de junio, se mostró orador notable, de voz escasa pero grave y bien timbrada, y puso al servicio de sus ideales la fuerza de una cultura que era realmente excepcional. Hablaba cuatro idiomas y en todos ellos leía, saboreando a Shakespeare en antiguo inglés y a Goethe en su lengua germánica; armado, pues, de conocimientos sólidos, emprendió diversas campañas de bien público, destacándose en materias internacionales, sobre las cuales, en relación con el conflicto del Pacífico, no solucionado aún, pronunció algunos discursos que hicieron época y fueron publicados en folleto por mandato de la corporación (*La cuestión del Pacífico*). Fué Presidente de su Comisión de Relaciones Exteriores, en cuyo

carácter se le designó representante de la Cámara de Diputados en la misión especial que el Gobierno envió a Buenos Aires con motivo de la inauguración de la estatua erigida al Libertador O'Higgins. Tuvo en esa oportunidad la suerte de simpatizar profundamente con el Presidente de la República Argentina, doctor Hipólito Irigoyen, quien le distinguió en forma marcada entre sus compañeros. El discurso que pronunciara en el palacio legislativo, en nombre de la Cámara Chilena, fué pieza elocuentísima.

En noviembre de 1918, en días en que la muerte de su hijo Benjamín, primogénito de la familia, había sumido en hondo duelo a los suyos, le fué ofrecida la cartera de Justicia e Instrucción Pública en el Gabinete que estaba organizando Quezada Acharán. No sin reiterada negativa, hubo de aceptar finalmente el cargo, en vista de las circunstancias de especial gravedad en que se encontraba el país a la sazón, sumido en huelgas de carácter revolucionario. Llegado a la Moneda, se señaló como una de las cabezas del Gabinete Quezada-Orrego Luco, sin duda el de mayor significación doctrinaria en el gobierno del Presidente Sanfuentes.

Su labor ministerial fué activísima. Contando con el apoyo de sus amigos del Congreso y las simpatías personales del primer mandatario, hombre probo y excelente administrador, pudo realizar labor de envergadura.

En el verano de 1919 efectuó una jira detenida por las provincias del Sur, imponiéndose en el terreno de las necesidades más urgentes, a las que puso inmediato remedio, pues entraban en su carácter actividad y resolución. Era penosísima la situación de las cárceles en algunos pueblos alejados y las escuelas funcionaban en barracones semi abiertos, donde toda incomodidad tenía su asiento. Obtuvo fondos para reformar cárceles y fundar escuelas e inició la construcción de edificios escolares en las regiones menos favorecidas del centralismo. Hacía justicia y creaba progreso.

A pedido de su colega parlamentario don Pedro Aguirre Cerda, nombró directora de colegio en Los Andes a la poetisa Gabriela Mistral, que andando el tiempo obtendría el Premio Nobel de Literatura. Al mismo tiempo aumentó el número de becas para los estudiantes pobres y dispuso serios estudios de reforma educacional que malograría la anarquía política reinante en los últimos años del régimen parlamentario.

Pero su obra principal fué la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, cuyo despacho agitó infatigablemente en las comisiones del Congreso y en las Cámaras, al punto de dejar su estudio bastante avanzado cuando se produjo la crisis del Gabinete, a mediados de 1919.

En Diputados prosiguió actuando tesoneramente hasta 1921.

En 1920, al iniciarse la campaña presidencial que, después de dramáticas alternativas, terminaría con la victoria de don Arturo Alessandri Palma, acompañó la candidatura de este eminente estadista, adhiriendo a los principios de renovación y justicia social que sus amigos levantaban.

Terminado su período en junio del año siguiente, no dejó de servir las aspiraciones de las provincias y de modo particular los intereses regionales de Osorno, haciendo honor a la confianza que sus electores le habían dispensado.

Jamás dejó de interesarse en los problemas políticos, económicos y sociales del mundo, en los de América y especialmente en los de Chile, que seguía con vivo interés, preocupándolo cuanto pudiera relacionarse con la preservación de la paz. Puede decirse que su principal aspiración como hombre de Estado era el fomento de los vínculos de cordialidad y buen entendimiento entre los pueblos, las naciones y los hombres. Pensaba que para hacer patria había que respetar los derechos de todas las patrias humanas.

XIII

EN EL CAMPO DIPLOMÁTICO
MISIONES EN COLOMBIA, URUGUAY Y PARAGUAY

En el otoño de 1921 fué designado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno de Colombia, en cuya capital, Bogotá, permaneció cerca de tres años, con la sola interrupción de un breve viaje aéreo a Estados Unidos.

Su misión fué fructuosa y de ello dan prueba las notas a la Cancillería, que compondrían varios volúmenes nutridos y de las cuales se dijo en la Moneda que eran las más interesantes y acaso las más inteligentes que se hubiesen recibido en largo espacio de años. Vigorizó las relaciones entre Chile y Colombia y, con la cooperación de un ilustre representante extranjero, pudo descubrir, en relación con países alejados de su sede, negociaciones secretas cuyo conocimiento revestía importancia. Pero acerca de ello sólo cabe decir que las circunstancias adversas a la paz americana, pasaron por siempre, según es de esperar. Entre tanto, queda en pie un servicio patriótico de mérito inapreciable.

En su afán por crear vínculos económicos efectivos que favoreciesen a Chile y Colombia, concertó la formación de una compañía de navegación chileno-colombiana, que actuaría bajo ambas banderas, con aporte de la marina mercante nacional; ese proyecto, de haberse realizado y de acuerdo con lo dispuesto en los tratados vigentes entre los gobiernos de Bogotá y Wáshington, hubiera tenido significación considerable y originado fuertes utilidades para los países asociados. En Bogotá hubo comprensión de que se careció en Santiago.

En el curso de sus viajes, el diplomático-escritor recorrió el Magdalena y visitó el lugar en donde el libertador venezolano pasara sus últimos días; esas emociones americanistas quedaron registradas en hermosísimo estudio (*Bolívar en Santa Marta*).

por cuyas páginas pasa la sombra del héroe envuelta en la melancolía de las cosas que terminan.

En 1922 asistió a las ceremonias de la transmisión del mando presidencial con el carácter de Embajador Extraordinario.

En 1924, siendo Ministro de Relaciones Exteriores don Galvarino Gallardo Nieto, fué designado Ministro Plenipotenciario en Uruguay y Paraguay, cuyas funciones asumió a entradas de invierno, después de haber pasado entre los suyos algunos meses de descanso. Presentó credenciales en la tierra de Artigas y luego partió a Asunción, siendo recibido con honores especiales por el Gobierno paraguayo. Hallábase de regreso en Montevideo, en septiembre de aquel año, cuando estalló en Santiago el movimiento que interrumpiera la administración Alessandri. Leal a la amistad que le unía con el mandatario caído, se apresuró a presentar su dimisión. Seis meses más tarde, restablecido Alessandri en el poder a consecuencia de la revolución militar de enero de 1925, se le designó de nuevo Ministro en Uruguay. Esta vez permanecería en su cargo durante seis años, realizando misión de gran importancia, no sólo para los intereses de Chile, que encaraban todavía situaciones inciertas, sino también para los de Sud América.

En 1930 viajó a Paraguay como Embajador Extraordinario en misión especial. Y al año siguiente, con motivo de la asunción del Presidente Gabriel Terra, encabezó la Embajada acreditada por el Gobierno de Chile.

En Montevideo todo el mundo le quería: la sociedad, el gobierno, la juventud le miraban con gran simpatía. Era amigo del Arzobispo Aragone, de los presidentes, de los políticos de las diversas tendencias y grupos, porque, a su juicio, los representantes diplomáticos tienen el deber de crear afectos, en todos los campos y sectores, para el país que representan.

La parte más trascendente de su misión fué su labor en las actividades de la Comisión Gondra, que, convocada de acuerdo con estipulaciones internacionales, estudió los medios de poner

fin a gravísimo conflicto entre Bolivia y Paraguay. Con este propósito, después de haber dirigido sabiamente y con prudente rapidez los trabajos de la Comisión, integrada por el Ministro de Méjico, don Fortunato Vega y el del Perú, doctor Paz Soldán, redactó una nota que puso término al incidente y creó condiciones de paz que sólo se vieron perturbadas años más tarde. Esa nota fué calificada, por la prensa de Estados Unidos, Argentina Brasil, Uruguay y Chile, de importancia excepcional para el buen entendimiento y paz en las naciones americanas.

En mayo de 1931, el gobierno de Santiago puso término a sus tareas diplomáticas, invocando razones de economía presupuestaria...

XIV

«LA VIDA QUE PASA»

Dos libros inician y cierran el período más intenso de su vida pública, que va de 1918 a 1931: una colección de cuentos y una novela.

La vida que pasa, se imprimió en las Ediciones de la Revista de Artes y Letras, que dirigía Fernando Santiván, año de 1918. Entre los cuentos o novelas breves que la integran, figura *La Japonesa*, narración de los días juveniles que guarda el sello romántico de ese período; *Hora Trágica*, uno de sus mejores relatos dramáticos, en que aparece, apretada y como en síntesis, su recia calidad de novelador; *Un pobre diablo*, cuadro con hondura psicológica; *La Princesa de Abisinia*, ¡No toquen a ése! y dos trabajos notabilísimos en que prima la nota humorística, que ha manejado como ninguno otro de los grandes de la literatura chilena, en toques cuyo acierto sólo alcanzaron Blest Gana en algunas escenas de *El ideal de un calavera* y Jenaro Prieto en *El socio*: *Las matinées infantiles* y *Santo que no estaba en el calen-*

dario. Este último es pequeña obra maestra, plena de deliciosa ironía, digna de Queiroz.

Espigando en la obra inédita de Orrego Luco, dispersa en periódicos y revistas, podría acaso componerse otro volumen de cuentos, con lo cual se reuniría un conjunto que haría honor al pensamiento de Omer Emeth en su paralelo de nuestro autor con Maupassant.

XV

«EL TRONCO HERIDO»

En 1929 vió la luz *El tronco herido*, novela en que a los valores psicológicos y descriptivos de la primera época, velado por toque sentimental, al modo de Valle Inclán en sus *Sonatas*, se une propósito realista.

La obra, de esencia aristocrática, está inspirada en un cantar popular:

«A la reiz de un tronco herido
llorando está...
que aquel a quien tanto amaba
se va y se va...
se va y quién sabe,
quién sabe si volverá...».

Escrita en primera persona, los personajes provienen de la misma cepa que los de *Casa Grande*, pero no alcanzan el relieve de ciertas figuras inolvidables que forman la base de su ingenio de creador. Laura no posee la fortaleza espiritual de Gabriela o de Elisa Orbegoso; en su vida se advierte la huella de los cambios experimentados por la sociedad chilena en el primer cuarto del siglo XX.

Fernando Santiván, novelista de la escuela de Orrego Luco

que ocupa lugar de primer orden en la literatura chilena, conquistado con obras que algún día figurarán entre las clásicas, ha escrito, juzgándola: «Causa admiración el aliento juvenil que se desprende de ella; pudo haberla escrito su autor a los treinta años, cuando comenzaba su carrera literaria y mundana. Hay una frescura de impresión y una superabundancia de vida que sólo se posee a esa edad». «Tiene todas las buenas cualidades de otras obras del mismo autor, más la sutileza de análisis psicológico y de humana sinceridad que en ésta aparece más profunda. Como siempre don Luis Orrego Luco interesa, arrastra y se apodera del ánimo del lector desde la primera a la última página».

Algunos personajes—Fernando Alvarez del Valle, el general Rivera, el viejo Colares, el «guaso» Saldívar, Elvira Ruiz, Felicia Lara—le parecen «tipos que están gritando a voces su procedencia en la vida real... Son personajes de Eça de Queiroz, propios de nuestro ambiente, únicos, impagables...».

Casi todos los capítulos de *El tronco herido* fueron compuestos en Bogotá y Montevideo, años de 1922 a 1929.

El tronco herido es una novela digna del autor y en sus páginas campean las brillantes dotes de su estilo, de su ingenio, del arte de componer, de construir situaciones y personajes en que supera a Blest Gana. La obra inicia un nuevo capítulo en su historia novelada de la sociedad chilena: el de la ruina y decadencia irremediables del viejo mundo aristocrático que el avance de la clase media y el asalto de advenedizos enriquecidos va desplazando de las posiciones privilegiadas en que antaño dominara, hasta arrinconarlo en un disperso *faubourg Saint Germain*, cuyos habitantes treparán en malos ascensores a departamentos de pacotilla, donde en vano se buscarían los bibelot exquisitos, los muebles suntuosos y los brocados y rasos de otro tiempo. El protagonista se halla de retorno del viaje de la vida y encuentra que el tiempo ha ido deslustrando la antigua belleza, dando a seres y cosas un baño de desencanto y melancolía irremediables.

El tronco herido es el último capítulo de la obra cíclica (dos

ciclos en uno amplísimo, que abarca la médula de dos tercios de siglo: el último del XIX y el primero del XX).

Prescindiendo de la fecha en que fueron escritos y publicados y atendiéndonos solamente a la cronología del *tempo novelístico*, esta serie—única en la literatura sudamericana, como se reconocerá más tarde—que el autor bautizó con el título genérico de *Escenas de la vida en Chile*, guarda el siguiente orden, que deberá tenerse en cuenta para las ediciones de sus *Obras Completas*:

- I.—*Playa Negra* (años de 1877 a 80)
- II.—*En Familia* (1886 a 90)
- III.—*Al través de la tempestad* (1890-91)
- IV.—*Un Idilio Nuevo* (1897-1900)
- V.—*Casa Grande* (1905-8)
- VI.—*El tronco herido* (1925-30).